

**XXI. ANIVERSARIO** Fernando Buesa Blanco  
**URTEURRENA** Jorge Díez Elorza



**21 DE FEBRERO DE 2021**  
**Palacio de Congresos Europa de Vitoria-Gasteiz**

**INTERVENCIÓN DE DANIEL INNERARITY**

Ohore handia da niretzat Fernando Buesaren eta Jorge Diazen hilketaren 21. urteurrenean hitz hauek esatera gonbidatu izana. Beraiei omenaldi gisa esango ditut, bere senide eta lagunekiko maitasunetik, eta terrorismoaren ondoren egin behar dugun hausnarketa kolektibo horretan lagundu nahian. Al tratar de decir algo sobre la experiencia de la pérdida violenta de unos seres queridos y de unos conciudadanos, tan injusta, tan injustificable, me viene a la cabeza aquello que decía el poeta alemán Paul Celan de que "estamos rodeados de tantas cosas dichas". Acepto agradecido, no obstante, vuestra generosa invitación a reflexionar sobre el tipo de sociedad que queremos.

Para hablar de qué tipo de comunidad queremos ser, me gustaría hacerlo desde tres perspectivas: su principio constituyente, su naturaleza y su modo de contarse. Quiero hablar del pacto político, de la naturaleza abierta de las sociedades y de la perspectiva de las víctimas a la hora de contar nuestra historia.

La primera cuestión se refiere al principio constituyente de una sociedad que tiene un conflicto abierto acerca de su autogobierno. Ha habido y seguirá habiendo distintas versiones acerca de cómo entender nuestro autogobierno, una discusión que en sí misma no tiene por qué conducir a la exclusión ideológica o física de quien no piensa como nosotros. El problema se origina cuando alguien trata de imponer y deja de considerar a otros con el mismo derecho de ciudadanía para hacer valer sus opiniones en pie de igualdad. Una sociedad es democráticamente madura cuando reconoce esa pluralidad de proyectos como su punto de partida y es capaz de darle una forma de pacto político.

Es legítimo aspirar a que la sociedad se parezca lo más posible a lo que uno desea, siempre y cuando dentro de esas aspiraciones no esté el deseo de que esa sociedad sea definida únicamente por los que piensan igual que uno mismo. No vale la pena vivir en una sociedad en la que, por decirlo con una expresión de Charles Taylor, los sueños de unos sean las pesadillas de los otros.

¿Cómo resolver esto en la práctica? Dejadme que no abandone el terreno de la teoría, que para eso soy filósofo, y mencione un principio que puede ayudarnos a avanzar en la práctica. Tendríamos que ser

capaces de poner en marcha una serie de ejercicios de reciprocidad. Por ejemplo, concebir que el pluralismo que se invoca tiene la legitimidad del pluralismo que se reconoce. Uno puede exigir en aquel ámbito en el que es minoritario el mismo respeto con el que trata a las minorías allá donde es mayoritario.

Mi segunda reflexión es sobre la naturaleza de la sociedad vasca. Hay una vieja contraposición entre los conceptos de comunidad y sociedad que formuló el sociólogo alemán Tönnies a finales del siglo XIX para explicar que una sociedad moderna es cada vez menos comunidad si por comunidad entendemos una realidad homogénea y cerrada, un seno protector y familiar que rechazara lo extraño y complejo de la vida moderna. Las naciones pueden concebirse como comunidades o como sociedades, es decir, como espacios donde la confirmación de lo propio requiera la exclusión de lo diferente o como lugares abiertos e integradores. Las sociedades modernas no surgen del colapso de comunidades originarias; eso es una construcción mitológica, que por cierto se corresponde muy bien con esa mitología elemental sobre la que se apoyaba el terrorismo. Tal vez podamos obtener una enseñanza, *a sensu contrario*, si reflexionamos sobre lo que el terrorismo quiso imponer: un pueblo diferenciado, pero sin diferencias. En toda violencia física hay antes una imposición mental, un molde, una norma, un estereotipo, una etiqueta. El terrorismo usó y abusó de términos hipostatizados (Euskal Herria contra España, ellos y nosotros, vencer o ser derrotados...) y buena parte de nuestra resistencia consiste en no aceptarlos, en cuestionarlos y abrirlos al matiz y la diferencia.

Frente a la nostalgia de la comunidad intacta tendríamos la realidad de la sociedad vasca (y española), una sociedad de los heterogéneos, con distintos grados de identificación, una sociedad de los que pertenecen a distintas cosas a la vez, que aspiran a objetivos diferentes y ocasionalmente en conflicto, una sociedad que celebra menos lo que tiene en común que sus diferencias, en la que no haya nadie raro, ni de fuera, ni medio integrado, porque esos conceptos carecen de sentido.

Cuando el sociólogo alemán decía que el mundo iba a ser cada vez más sociedad y menos comunidad estaba designando el tipo de lazos que nos vinculan en las sociedades democráticas, unas sociedades que no están compuestas de amigos, que no son una extensión de la familia,

de las pertenencias tribales, un modo de pensar que puede ser inocentemente reaccionario o peligrosamente totalitario. Tönnies estaba pensando en esa democracia que se construye en un ideal de ciudadanía que, por un lado, nos plantea obligaciones respecto de lo común, pero que permite al mismo tiempo un grado de liberalidad, tolerancia e indiferencia incluso, completamente desconocido en las comunidades rurales cerradas.

Mi tercera propuesta es pensarnos como sociedades de afectación. Lo que verdaderamente nos define como grupo social (y en qué medida nos define) es el tipo de amenazas a las que tenemos que hacer frente, no una hipóstasis subjetiva; somos más lo que nos pasa o nos ha pasado que lo que hacemos. Esta idea se puede ejemplificar en dos campos, en la experiencia de la pandemia y en el tipo de narrativa que deberíamos desarrollar.

Estamos en medio de una pandemia que, como han recordado muchos, pone de manifiesto nuestra común vulnerabilidad. Éramos menos autosuficientes de lo que pensábamos y esa fragilidad es una realidad que compartimos con otros. Por mucho que personajes como Donald Trump hayan intentado hacernos creer que al virus se le vence con el coraje de la vieja masculinidad, lo cierto es que la necesidad de ser protegidos y la obligación de cuidar son aprendizajes que modificarán nuestro modo de vida y la realidad de nuestras instituciones. Lo que nos amenaza también nos aconseja cooperar. La salud pública, como otros bienes comunes (la paz o el medio ambiente), se encuentra amenazada por una pandemia global, que establece un terreno común en el que las soluciones individuales (no compartir las mascarillas entre los estados de la Unión Europea, reivindicar la libertad de contagiar, el nacionalismo de las vacunas) son estúpidas si no van acompañadas de respuestas coordinadas. La perspectiva de lo común se ha fortalecido con la experiencia de hasta qué punto compartimos riesgos, nos contagiamos unos a otros, dependemos de la cadena de suministros y cuidados, cada vacunación es un paso más para frenar la expansión del virus, no saldremos de esta mientras no haya una inmunidad colectiva... La forma institucional que vaya a tener esta integración del mundo –centralización o cogobernanza, multilateralismo, más integración europea o cooperación internacional- es algo que deberá ser negociado y no impuesto por nadie que disponga de una especial clarividencia acerca del buen gobierno de la humanidad. La creación de comunidad o su redefinición, la asignación de competencias nuevas,

las transferencias de soberanía, se deberían realizar más en función de los riesgos colectivos que nos amenazan que por un diseño ideológico. De esta crisis sanitaria, por ejemplo, saldremos con una, al menos parcialmente nueva, reasignación de los niveles apropiados para acometer nuevas crisis, una redistribución del poder que, si se hace sin prejuicios y atendiendo bien a la naturaleza de previsibles riesgos futuros, implicará mayores niveles de autogobierno pero nuevas exigencias de coordinación, una revalorización de lo local y una relegitimación de ciertas instituciones globales.

Si nos entendemos como sujetos que sufren y no tanto como actores que disponen soberanamente de su destino, entonces tenemos que contar la historia de una manera diferente y muy especialmente la historia de un pasado de violencia. Ni el mejor y más justo ejercicio de memoria puede conseguir lo que de verdad deberíamos desear: recuperar las vidas perdidas, eliminar el sufrimiento y suturar sin huella las fracturas sociales que un largo periodo de violencia produce. Y, sin embargo, la memoria puede llevar a cabo un trabajo de gran significación, que rompa la inercia del pasado inapelable y ofrezca algo nuevo. Podemos hacer algo que tiene mucha fuerza simbólica y, en la medida en que esto sea posible, reparadora del mal causado en la historia: contar los acontecimientos desde el ángulo de las víctimas. Se trataría no sólo de impugnar la épica de la violencia sino de sustituir las memorias heroicas de las naciones por un tipo de memoria que trata de divisar la historia desde el punto de vista de las víctimas. La historiografía ha sido durante mucho tiempo una relación de hazañas protagonizadas por generales, hombres victoriosos y conquistadores, pero asistimos también a un poderoso cambio de mirada que se pregunta por lo que les ocurrió a quienes más bien padecieron, a los vencidos, a las mujeres, a la gente corriente y a los subordinados. La principal fuerza transformadora de la memoria consiste en remplazar la narrativa de las gestas por la narrativa de los sujetos pacientes. Y en este sentido también debería evitarse la retórica que acompaña algunas veces al discurso de las víctimas y que parece desconocer que son precisamente víctimas y no héroes, dos realidades completamente distintas. Si una sociedad se cuenta su pasado desde la perspectiva de quienes han padecido tiene más posibilidades de construir su futuro inclusivamente, de manera que convierta en su principal objetivo evitar el padecimiento y cuidar la común vida vulnerable.



Eskerrik asko zuen arretagatik, eta eskerrik asko Buesa Fundazioari, herri honetako memoriaren eta bizikidetzaren alde egiten ari zaren lan handiagatik. Espero dut zeregin horretan laguntzeko elementuren bat ekarri izana.



@Fundacion\_Buesa

#InMemoriamXXI

**Fundación Fernando Buesa Blanco Fundazioa**

C/ Los Herrán, 46C-bajo • 01003 Vitoria-Gasteiz (Álava) • Tfno.: 945 234047  
info@fundacionfernandobuesa.com • [www.fundacionfernandobuesa.com](http://www.fundacionfernandobuesa.com)